

LA CULTURA NOBILIARIA: SOCIABILIDAD CULTURAL Y LECTURAS DE LA NOBLEZA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Jesús A. Martínez Martín
Universidad Complutense de Madrid

No existe un correlato necesario entre clase social y cultura específica en la España del siglo XIX. La dimensión social de la cultura, entendida como las distancias culturales existentes entre los diversos niveles de una división social, debe ser matizada. La situación resulta mucho más compleja y heterogénea que el reduccionismo que ha forzado a asociar clase social con una cultura específica. Para empezar porque la sociedad española del siglo XIX no es una sociedad perfectamente segmentada en clases. Los colectivos sociales están en proceso de readaptación o formación, donde conviven elementos de nuevo cuño y resistencias de un mundo anterior. No vale aplicar un concepto global de ruptura que atiende a todos los niveles: económico, político, social, jurídico, cultural... cuyo protagonista sería la burguesía y que tendría su correspondiente en una «cultura burguesa», mientras que los viejos protagonistas del Antiguo Régimen, la nobleza, quedarían relevados con sus señas culturales de identidad propias. Así, la cultura, en su acepción más genérica, se ha contemplado metodológicamente a menudo como un apéndice y correlato necesario de los otros niveles de análisis, formando parte del cambio global; de ello se desprendía una cultura burguesa que la diferenciaba de otras clases sociales. Este binomio debe ser puesto en cuestión. De hecho, contemplando los contenidos de las bibliotecas privadas del siglo XIX, hay títulos universalizados entre todos los colectivos sociales, o, en el otro extremo, ausencias llamativas que deberían formar parte inexcusable de un grupo social. No se cumple la relación literatura popular-clase obrera, ni la nobleza alberga como elemento diferenciador lecturas correspondientes a un mundo anterior, ni los grupos socio-profesionales englobados con

el término abstracto «burguesía» son portadores por definición de libros entendidos como revolucionarios. Tampoco los espacios de sociabilidad cultural son cerrados, ya que se encuentran en continua mutación.

En este sentido habría que compartir con algunas versiones de la «nueva historia cultural», en el contexto de un rico debate, que las distancias culturales no vendrían determinadas en función de divisiones sociales establecidas previamente, sino que partiendo del objeto y no de la clase, se apreciarían a partir de otras divisiones como la edad, el sexo, la religión, las tradiciones...¹. Una reflexión sugerente que sin embargo no debe invalidar la dimensión social de la cultura medida en términos de estratificación. Así evitar el correlato, entendido como necesario, entre clase social abstracta y construida a priori con una cultura específica que la diferencia de otras clases sociales, no quiere decir que las categorías socio-profesionales estén desprovistas de distancias culturales, pero éstas no serían producto mecánico de una situación socio-profesional previa, sino formando parte de los criterios mismos que definen y caracterizan al grupo. Es decir, entendiendo un concepto abierto y dinámico de clase que se basa en coyunturas de experiencia, tiempo y lugar, y cuyos criterios de diferenciación no se basan sólo en cuestiones profesionales, origen y nivel de rentas, sino que tiene en los aspectos culturales un elemento igualmente vertebrador, con sus valores mentales, inquietudes, comportamientos y vivencias que la alejan de cualquier consideración abstracta y previa. Por lo mismo, las diferencias culturales no son inmóviles, se entrecruzan, para acabar confundándose en algunos de sus componentes. De esta forma las diferencias abstractas entre clases sociales por arriba quedan amortiguadas por el término élite, en su acepción cultural, como elemento integrador que a base de referentes de distinta procedencia y de su relación mimética desemboca a largo plazo en un proceso de cooptación.

En el terreno de la lectura, las diferencias no son radicales, ni antagónicas, pero sí se dibujan, con una coherencia cuantitativa y cualitativa, los diferentes colectivos socio-profesionales, no tanto por títulos exclusivos y privativos de determinados colectivos, sino por el hecho mismo de la propiedad de una biblioteca y sus porcentajes, el número

¹ R. CHARTIER, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 27 y 109-110. R. CHARTIER, *El orden de los libros*. Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 27-28. Sobre el debate de historia de la lectura, R. DARNTON, «Historia de la lectura», en P. BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1993, pp. 117-208.

de títulos, la disposición física en los espacios domésticos, la utilidad de los libros que albergan para sus propietarios, los títulos en otros idiomas, los porcentajes temáticos, la relación con el conjunto del patrimonio, la propia valoración social de los libros... Precisamente el contenido de los libros permite matizar, cuando no cuestionar, algunos lugares comunes sobre la cultura y su dimensión social en la España del siglo XIX. Igualmente el análisis de los espacios de sociabilidad cultural, en continua redefinición, ilustra sobre el papel de los distintos colectivos en la dimensión social de la cultura.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII la dimensión cultural de las élites del país, sobre todo las residentes en Madrid, estuvo asociada a la redefinición de una cultura oficial dibujada al calor del reformismo ilustrado desde el mecenazgo de la Corte, al que estaban vinculadas las élites nobiliarias. Así la racionalización del saber, la extensión de las luces y la centralización del Estado, dieron su fruto en una cultura oficial desarrollada en las Academias, en instituciones como el Gabinete de Historia Natural, el Jardín Botánico o el Observatorio Astronómico, y en asociaciones como las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Mientras, los salones nobiliarios se consolidaban como espacios de sociabilidad y circulación cultural, donde se fijaban buena parte de las pautas culturales de las élites del país. La nobleza, también las instituciones eclesiásticas, prolongaban también su propio mecenazgo que secularmente habían compartido con la Corte. A su vez, los contenidos y mensajes culturales que llegaban a las principales ciudades, empezaron a diversificarse, ensanchándose los contactos con el mundo cultural europeo. Se difundieron los discursos reformistas y críticos de tomo cosmopolita, en un ambiente de desacralización del saber, ejercido por unas élites de marcada galofilia.

En el siglo XIX este tipo de mecenazgo cortesano y el modelo de cultura oficial, en términos de Antiguo Régimen entra en crisis, lo que no significa su desaparición, sino su reorientación por parte del nuevo Estado liberal. La lógica del liberalismo ensancha los cauces del debate cultural, en general, impulsando un asociacionismo que cuaja en diversas instituciones privadas. Al mismo tiempo las nuevas pautas centralizadoras del Estado liberal relevaron el mecenazgo cortesano como instrumento estructural de cultura, para convertir la capital en foco de atracción donde confluye la intelectualidad del país al abrigo de los centros de poder creando nuevos espacios de sociabilidad cultural. No es, pues, una mera sustitución del mecenazgo de la Corte por el del Estado. Este último impulsó la centralización de

la toma de decisiones, la centralización administrativa y coadyuvó a crear en la capital los marcos apropiados donde se configuró un mercado cultural de nuevo cuño, tanto desde la oferta como desde la demanda, aportando además nuevas formas de mecenazgo —diseño de una cultura de museos, las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, el Real Conservatorio de Música, centralización de la cultura bibliográfica, la Universidad Central...—.

El liberalismo, consustancial a la idea de libre debate y crítica cultural y política, extendió una amplia gama de espacios de sociabilidad cultural, tertulias, veladas, y asociaciones privadas que los contemporáneos denominaron *sociedades de hablar*. Espacios privados libres de producción y difusión cultural con sus foros también en librerías, cafés, gabinetes de lectura, círculos, o las tertulias privadas de los espacios domésticos. Lo que, en definitiva, inauguró el sistema liberal fue la extensión de las sociedades de hablar desde los salones nobiliarios al conjunto del espacio urbano ².

Los salones nobiliarios, que habían jugado un papel de primera magnitud durante el siglo XVIII en la circulación de las ideas, no sólo no entran en decadencia sino que se consolidan como los espacios de sociabilidad de referencia para el conjunto de las élites. En este sentido la nobleza readapta y consolida su mecenazgo cultural a lo largo del siglo. Siguiendo la estela del Palacio Real, los salones reproducen veladas, conciertos, representaciones de teatro, tertulias, y en todo caso, proyectaron un efecto mimético al conjunto de las élites ávidas de capital simbólico. Los palacios nobiliarios, eran el espejo de la simbología externa y de los valores sociales hacia los que aspiraban las burguesías. Sus salones eran el espacio de sociabilidad por antonomasia que ejercían un notable papel en la toma de decisiones, la extensión de las ideas o en el reconocimiento colectivo de posición social. De todas formas, a lo largo del siglo el producto resultante consistió en una fusión de valores, pautas culturales y modos de vida al incorporarse las nuevas élites. Apropiación mutua, entre nobleza y burguesías del dinero, que conformaron el basamento de la élite de poder del sistema liberal durante la segunda mitad del siglo. Así el capital simbólico de la nobleza tiende a reproducirse, fusionarse y universalizarse, a través de la pre-

² Estos aspectos están desarrollados en mis trabajos «La cultura en Madrid en el siglo XIX», en A. FERNÁNDEZ (dir.), *Historia de Madrid*. Madrid, Universidad Complutense, 1993, pp. 549-564, y «Los espacios culturales del Madrid isabelino». *Aula de Cultura. Ayuntamiento de Madrid*, 25 (1994).

sencia del burgués enriquecido o el profesional en los salones nobiliarios, para consolidarse después con la concesión de títulos y los tronques matrimoniales. La pérdida de los privilegios jurídicos en el trasunto de la revolución liberal, la crisis patrimonial y la pérdida de poder político directo y formal de la nobleza, no ha impedido que se readapte en el sistema liberal confluyendo como élite de poder con otros colectivos sociales, y que en términos sociales y culturales siga ejerciendo un papel de primer orden.

Fueron múltiples los salones de la grandeza de España donde se desarrollaron actividades culturales. Destacan por su importancia los Palacios de Alba, que contaba con una extraordinaria galería de pinturas, Osuna, Medinaceli, los salones del Marqués de Alcañices, marqués de Santa Cruz, los de la condesa Montijo...³.

Los espacios domésticos de las élites, tanto los salones nobiliarios como los de las burguesías, que han actuado de foros privados de cultura y recreo, se nutren como emblema casi indispensable de su posición de copiosas bibliotecas, y pinacotecas, conformando el último escalón privado de los espacios de cultura de las élites.

Las bibliotecas privadas, cuyos inventarios detallados en la mayor parte de los casos, proporciona la documentación notarial, representan un adecuado indicador de las inquietudes culturales de sus propietarios. Todavía más si se trata del conocimiento de las bibliotecas particulares de lo más granado de las élites del país, procedentes de la nobleza de cuna, el mundo de la economía, la política, la burocracia, el ejército o las profesiones liberales. La ubicación de la biblioteca, el sentido que se le asigna, su ordenación y su contenido brindan un óptimo instrumento de análisis de las características culturales de las élites. La coherencia que se desprende entre los distintos colectivos es manifiesta. Las constataciones empíricas, repeticiones y porcentajes de títulos, materias e idiomas, y los aspectos cualitativos, permiten una valoración más aproximada de la cultura y su dimensión social. En otro lugar hemos analizado las bibliotecas de las burguesías⁴. Las de nobleza están conformadas por unos rasgos diferenciados.

Las bibliotecas privadas de la vieja nobleza de cuna albergan unos repertorios impares, por su naturaleza, extensión y variedad de con-

³ A. VELASCO ZUAZO, *Salones madrileños del siglo XIX*. Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1947. C. DEL PRADO HIGUERA, *Las fiestas nobiliarias en el Madrid del siglo XIX*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense, 1995.

⁴ Jesús A. MARTÍNEZ, *Lecturas y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, C.S.I.C., 1991.

tenidos. Es en esta multiplicidad donde reside la singularidad de estas bibliotecas, pero, por lo mismo, difícilmente se puede descifrar unas señas de identidad en cuanto a su temática puesto que reúnen títulos y volúmenes de la más variada índole. Ahora bien, tan excepcionales bibliotecas, sólo comparables a algunos individuos procedentes del mundo intelectual, profesional o político, deben comprenderse en su origen, lo que matiza las inquietudes colectivas intelectuales de sus propietarios contemporáneos. El origen hay que situarlo cronológicamente en fechas anteriores al siglo XIX. Hunden sus raíces en los siglos XVII y XVIII y algunas se remontan a épocas anteriores. Son fruto, como mínimo, de dos o tres generaciones las que han engrosado el patrimonio bibliográfico de la casa nobiliaria y, por tanto, la paternidad intelectual del contenido de la biblioteca no puede ser atribuido en exclusiva al noble decimonónico. La herencia adjudica así una solera bibliográfica al incluir títulos centenarios, libros raros o primeras ediciones en unas bibliotecas que se han enriquecido en algunos casos con los referentes del sentido culto al calor del humanismo renacentista, de la erudición y el sentido del prestigio y del poder asignados a las bibliotecas de los siglos XVI y XVII, y de la vocación racionalizadora del saber durante el XVIII ilustrado. Y esta configuración a lo largo de varias generaciones es lo que las diferencia de otras bibliotecas de las élites levantadas por su propietario o heredadas de la generación anterior.

Las bibliotecas de la nobleza eran concebidas como un ingrediente estructural del patrimonio nobiliario. No se pueden contemplar con la ocasionalidad intelectual de alguna generación, sino que ésta actúa sobre una biblioteca considerada parte sustancial del patrimonio. De hecho, algunas bibliotecas nobiliarias llegarán al siglo XIX con la vitola jurídica de propiedad vinculada, sello jurídico que, en términos de propiedad del Antiguo Régimen, impedía su desmembración⁵. Y ese era uno de los horizontes de la biblioteca nobiliaria, la de que siguiera formando parte, e íntegramente, del patrimonio de la casa nobiliaria. Este deseo es manifestado expresamente en algunas ocasiones con el objetivo de conservar en su totalidad la biblioteca y transmitirla como unidad al primogénito varón y heredero del título nobiliario, como en los

⁵ En el patrimonio inventariado del conde Torrejón y marqués de Valverde se diferencia entre la biblioteca que forma parte de las propiedades vinculadas, con 783 títulos, extensa y completa, y la «librería particular», con 286 títulos, formando parte de los bienes libres. *Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM)*, 25652.

ejemplos protagonizados por el conde de Toreno y el marqués de Tolosa⁶.

En la configuración de los espacios domésticos de las élites tuvo una entidad propia y autónoma del resto de estancias la *biblioteca*, a diferencia de los libros de las clases medias alojados en librerías, haciendo referencia al soporte material y compartiendo la ubicación de los libros con otras funciones de la casa. En el caso de los profesionales la biblioteca está integrada a menudo en el despacho en relación con la utilidad profesional del libro. Pero además la biblioteca de las élites como espacio definido no fue entendida sólo como retiro intelectual o profesional, privado, de lectura silenciosa e individual. sino que amplió funciones de sociabilidad cultural en un espacio para ser exhibido y valorado como capital simbólico. En el caso de la nobleza por su origen y naturaleza las bibliotecas son algo consustancial y no necesariamente diferenciado de los archivos y del lugar apropiado para la contemplación de objetos-museo, algo ya presente en las bibliotecas eruditas de la segunda mitad del siglo XVII. La nobleza dotará por ese carácter patrimonial a las *bibliotecas-archivo* un mayor sentido todavía como testigos del origen y evolución de la casa nobiliaria, donde se albergan los documentos del conjunto del patrimonio y que servirán, en su caso, para

⁶ En el caso del primero, se expresa el interés en no fraccionarla, adjudicándose a Francisco de Borja, heredero del título. En el segundo se trata de una de las bibliotecas de extensos y prodigiosos repertorios bibliográficos y representa el prototipo de biblioteca nobiliaria formada a lo largo de generaciones, con la consigna de evitar su desmembración. En efecto, en la cláusula 9 de su testamento se manda a su hija política, la marquesa viuda de Perales, y a sus tres nietos que conserven siempre en su casa toda la librería que dejaba y que, tasada en su justo valor, se adjudicase al primogénito, y que éste abonase la parte correspondiente a sus hermanos con el fin de que se conservase en la casa, haciendo advertencias para que ningún libro se perdiese:

«Mando (...) que conserven siempre en su casa toda la escogida librería que tanto cuidado ha costado reunir para la educación de nuestra familia desde el tiempo de mi abuelo el primer marqués de Tolosa hasta el presente con los demás libros sacados de ella, y cuantos puedan encontrarse buscándolos y recojiéndolos todos hasta los papeles de letra y puño de sus padres y abuelos que sean curiosos y de algún mérito (...) y para su mejor conservación mando a todos mis tres nietos, y demás testamentarios, se haga un sello con letras claras que diga "Soy de Tolosa y Perales" y que se ponga en todos los libros en las ojas interiores a fin de que no pueda estraviarse ninguno, advirtiéndose que se repongan y completen todas las obras que están descabaladas, así en la librería propiamente dicha y cerrada en estantes unidos, como en otro estante grande, separado, donde existen los libros que fueron de don Estanislao de Lugo, que se logró con gran trabajo sacar de la Inquisición...». Esta biblioteca de 2.100 títulos está reproducida íntegramente en mi estudio *Lecturas y lectores en la España isabelina*. Madrid, Universidad Complutense, Tesis doctoral reprografiada, 1986, Tomo II, pp. 811-945.

las reordenaciones patrimoniales de las casas nobiliarias a lo largo del siglo o como argumentos durante los litigios por la propiedad de la tierra como consecuencia de la disolución del régimen señorial.

Los ricos repertorios bibliográficos, reunidos en la «biblioteca» del palacio, formados a través de varias generaciones y con un sentido patrimonial y a su vez testimonial de la trayectoria de la casa nobiliaria, cumplen respecto al conjunto social, y en particular respecto a las élites, un notable papel de capital simbólico, como elemento externo de estatus social en el mismo sentido que el título, los blasones o el conjunto del Palacio. Fue, por tanto, uno de los ingredientes del capital simbólico que exhibió durante el siglo XIX. Este carácter no era una novedad, ya que, de hecho, formaba parte de la simbología de prestigio y poder en siglos anteriores. Pero en el siglo XIX el estatus social, el capital simbólico, los valores nobiliarios, están dotados de mayor relevancia si cabe en un momento en que sus patrimonios económicos están en proceso de reordenación y crisis⁷, sus privilegios jurídicos desmantelados y su poder político, al menos de derecho, había sufrido una considerable merma, todo ello por la nueva dinámica del mercado económico y político liberal. Además era uno de tantos motivos de atracción para el resto de las élites, un paisaje doméstico emblemático, asociado a la cultura, el poder y el estatus, que animó, junto a otras motivaciones, a burgueses enriquecidos a reproducir copiosas bibliotecas con sus espacios diferenciados. También pinacotecas. Y mobiliario. Y la configuración y funciones de los salones. Y los palacios en su conjunto. Este efecto mimético en muchas ocasiones quedó distorsionado a lo largo del siglo por valores, objetos y actitudes propios de las burguesías, para acabar cooptando en una simbología más depurada e integradora en época de la Restauración.

Todos los patrimonios de la vieja nobleza contienen bibliotecas, con mayor o menor detalle. Son lectores por definición, algo apenas compartido con otros colectivos de las élites no nobles. Sólo los personajes vinculados a la cúspide política y de las altas magistraturas del Estado y los «profesionales», superan el 90 por cien en cuanto posesión y conservación de una biblioteca. Por su volumen, bibliotecas de tal riqueza

⁷ A. BAHAMONDE, «Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa, 1840-1880», en *Madrid en la sociedad madrileña del siglo XIX*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1986, vol. I, pp. 325-375, y del mismo autor «La vieja nobleza y el mundo de los negocios: la causa de un alejamiento», en *España entre dos siglos, 1875-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 23-34.

en sus fondos como las del marqués de Tolosa, el conde de Torrejón, el marqués de la Torrecilla o el duque de Berwick sólo encuentran parangón en los personajes más significados de la élite no nobiliaria. Comparables con algunas excepciones como las bibliotecas de artistas como José Madrazo, escritores como Mesonero Romanos, políticos como Joaquín María López, financieros como José Manuel Collado o hombres de leyes como Francisco Agustín Silvela. El número de títulos que albergan las bibliotecas nobiliarias superan ampliamente los de cualquier otro tipo de bibliotecas. Las bibliotecas medias, por número de títulos que no de volúmenes, de otros colectivos de lectores reflejan los siguientes datos:

— Políticos y burócratas	330
— Profesionales	154
— Burguesía comercial y financiera	110
— Militares	77

Se trata de las bibliotecas medias de las élites. Los primeros son personajes que ocupan los escalones más altos de la actividad política y funciones de gobierno —presidentes de gobierno, ministros, parlamentarios...— y de la burocracia del Estado —consejeros de Estado, magistrados, diplomáticos— y cuya actividad política o técnica es inseparable de su origen o actividad intelectual o profesional en el campo del periodismo, la literatura, la abogacía o la enseñanza universitaria, y a los que corresponde un universo cultural amplio y diverso. Los 330 títulos de media representan el listón de las élites no nobles, seguido por los profesionales —hombres de leyes, arquitectos, médicos, científicos—, hombres de negocios y militares de alta graduación⁸. A su vez, todos ellos, serán la cantera principal para la obtención de nuevos títulos nobiliarios a lo largo del siglo, y los protagonistas, sobre todo la burguesía del dinero, de los entronques matrimoniales de corte endogámico con la nobleza de cuna en el último tercio del siglo.

Las bibliotecas de la nobleza no sólo rebasan en la mayor parte de los casos estas cifras sino que establecen diferencias considerables. Es frecuente que una biblioteca supere los 1.000 títulos y los 3.000 volúmenes. Algunas, tan espectaculares por su dimensión, también por su

⁸ Otros colectivos sociales rebajan notablemente las cifras: pequeños y medianos negociantes, 63 títulos, empleados, 59 títulos, fabricantes, 43 títulos, propietarios y rentistas, 40 títulos, pequeños y medianos comerciantes, 33 títulos y artesanos, 21 títulos. Jesús A. MARTÍNEZ, *Lectura y lectores...* op. cit., p. 334.

contenido, que hacen difícil la ponderación de una biblioteca media. La siguiente relación, correspondiente a ejemplos de la nobleza de los Austrias, del siglo XVIII o principios del siglo XIX, es bien expresiva⁹:

— Marqués de la Torreçilla	2.881 títulos
— Marqués de Tolosa	2.100 »
— Conde de Montealegre	1.707 »
— Marqués de Alcañices	1.197 »
— Conde de Torrejón	1.069 »
— Duque de San Fernando	1.032 »
— Duque de Alba	968 »
— Marqués de Monreal	418 »

En número de volúmenes la biblioteca del marqués de la Torreçilla se eleva a 9.117. Y otros títulos de la Grandeza de España dibujan un panorama similar: conde de Toreno, 3.891 volúmenes; duque de Alba, 3.191; duque de Uceda, 3.283; conde Sastago, 2.040, o el conde de Villagonzalo, 1.346. Otras bibliotecas como las de la casa de Medinaceli o de la casa de Osuna fueron capaces de imitar a las colecciones reales¹⁰.

En un sentido contrario, también existen ejemplos de bibliotecas de la vieja nobleza con una entidad numérica menor, en todo caso con un número de títulos apreciable para la época. Son casos como los del conde de Bornos —nobleza de los Austrias— con 135 títulos, o el marqués de Legarda, 151 títulos o el marqués de Iturbietta, 85 títulos —nobleza del siglo XVIII—. Pero en el caso de las bibliotecas de la época de los Austrias muchas han iniciado un proceso de desmembración a lo largo del siglo XIX¹¹.

Entre las bibliotecas nobiliarias otro rasgo de distinción consiste en que las lectoras del sexo femenino se multiplican respecto a otros co-

⁹ Elaboración propia a partir del *AHPM*.

¹⁰ Fue notablemente incrementada la biblioteca de Osuna con Pedro Tellez Girón, IX duque de Osuna, con una dotación anual de conservación. Según Madoz era «pública» antes de 1808 y constaba de unos 25.000 volúmenes. P. MADOZ, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid. Madrid, Giner, Ed. facsimilar, 1981, p. 328.

¹¹ El proceso de desmembración entre los herederos, la venta de parte o toda de la biblioteca formando parte de reordenaciones patrimoniales, o un destino distinto de la biblioteca susceptible de no inventariarse, explicaría la existencia de escasos libros en bibliotecas de la nobleza de cuna fechadas a partir de la segunda mitad del siglo, como los 11 títulos que figuran en el inventario del conde Humanes, los 24 de la duquesa de Feria o los 34 del marqués de Valmediano.

lectivos sociales. La lectura o el conocimiento del francés son igualmente piezas estructurales en la educación de las damas de la grandeza de España. Sus libros, además, no se remiten sólo a la literatura, la devoción o la revista ilustrada de modas, de forma ocasional o formando parte de una actividad de recreo, como los de las élites no nobles, sino que se integran en un horizonte cultural más amplio¹².

Los prolijos repertorios de libros de la nobleza están dotados, por su propio origen, de un poso clásico, con presencia del latín y ediciones de siglos anteriores. Pero sobre todo las diferencia su tono cosmopolita, con obras en idiomas distintos al castellano. El dominio del francés, con importante presencia porcentual en las bibliotecas, entre las lenguas extranjeras es bien patente, en consonancia con la secular galofilia y la función que juega la cultura francesa en la difusión de la cultura occidental en España. Este rasgo se acentúa en la nobleza respecto al conjunto de las élites. Los nobles leen obras en original francés, sin el recurso de la traducción propio de otros colectivos de lectores. De hecho, la penetración de la cultura francesa, a través de la difusión de libros, dibujó una pirámide invertida dominada por la nobleza que se estrecha a medida que desciende en la escala social. En el conjunto de las élites no nobles, los libros en francés ocupan el 17.26 por cien para las bibliotecas de políticos y burócratas, un 10.73 por cien para las de los profesionales, un 9.50 por cien para las de militares de alta graduación y un 6.26 por cien para las de la gran burguesía comercial y financiera, y revelan unos contenidos que caracterizan al libro francés como un privilegiado transmisor de obras de ciencia y técnica —22.08 por cien del total— y de derecho y política —12.92 por cien—, y también de historia —11 por cien—, literatura —8.20 por cien— y pensamiento —6.70 por cien—. Los porcentajes de títulos en francés disminuyen en otros colectivos sociales donde predominan las traducciones y los libros

¹² La documentación notarial aporta inventarios de fortuna correspondientes a mujeres de la vieja nobleza de la época de los Austrias, como las bibliotecas de la marquesa de Valparaíso, 159 títulos; la duquesa de la Roca, 284 títulos, o la duquesa de Feria, 24 títulos, pero es difícil discernir entre los libros de su propiedad como fruto de una operación intelectual de selección o procedentes de la herencia del título. En todo caso conservan, en hipótesis, los libros de mayor interés para sus propietarias, ya que el resto de la biblioteca familiar desmembrada ha tenido destino entre los descendientes. Sin embargo, en el caso de la biblioteca de la marquesa de Alcañices, 235 títulos, la documentación permite asegurar que la corresponde en su totalidad y está diferenciada de la biblioteca del marqués. Su análisis exige en un estudio pormenorizado en otro lugar.

en francés son más bien ocasionales y no fruto de la actividad científica, profesional o intelectual¹³.

Las bibliotecas de la nobleza albergan obras en francés como parte integrante de sus esquemas culturales y de relaciones sociales, y no como apéndices circunstanciales de moda o precisados por la actividad científica o profesional. Su supuesto casticismo y provincianismo debe ser revisado en un sentido cosmopolita y comprenderse en un proceso largo desde, al menos, los inicios del siglo XVIII y no circunscribirse a la galofilia de la época del Segundo Imperio francés. Los porcentajes en francés superan los de otras bibliotecas de las élites, incluso en algunas como la de marqués de Torrecilla los títulos en francés —1486— suponen el 51,58 por cien, más de la mitad del total de libros en otros idiomas incluido el castellano, o en el caso de la biblioteca del conde de Toreno los volúmenes en francés representan el 46,27 por cien y en castellano el 26,27 por cien. El resto de las lenguas tiene una presencia desigual, no siendo extraño encontrar obras en inglés, y, en menor medida, italiano y alemán, sólo presente esta última en casos concretos.

El dominio de la lengua francesa y los conocimientos de la cultura francesa forma parte estructural de la educación nobiliaria. Este tono cosmopolita, pues, está en relación con el contenido educativo en el que el aprendizaje de idiomas forma parte de los modos de vida y expresión nobiliarios, sobre todo el francés como exponente de la galofilia, pero igualmente con los entronques familiares con las noblezas europeas, los frecuentes desplazamientos o contactos con otros países, las actividades diplomáticas, y en suma con el legado cultural nobiliario proclive al cosmopolitismo.

Los prolijos repertorios, muchas veces ordenados por materias o alfabéticamente, reúnen las más variadas materias del conocimiento humano que describen unas coordenadas culturales muy amplias. El libro profesional, la literatura de devoción, las novelas contemporáneas, las obras de historia o los libros normativos, característicos de otros colectivos de lectores, dan paso a una miscelánea inédita, en bibliotecas que se nutren de todo tipo de títulos y donde confluyen lo nuevo y lo viejo. Los autores clásicos del mundo antiguo se mezclan como obras de agri-

¹³ Sobre estos aspectos, mis estudios «Obras francesas y lectores españoles en la época isabelina», en *España, Francia y la Comunidad Europea*. Madrid, Casa de Velázquez y C.S.I.C., 1989, pp. 11-30, y «El mundo cultural europeo en las bibliotecas de las élites madrileñas (1830-1870)», en *Aula de Cultura*, Ayuntamiento de Madrid y C.S.I.C., 8 (1991).

cultura, matemáticas, astronomía o química, los libros de viaje, descripciones y geografía, con obras sobre pintura, caza o equitación, los títulos medicina con un amplia gama de literatura española y extranjera de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, los libros de teología y devoción con obras de economía, política, filosofía y derecho, los títulos de historia, crónicas de reyes, genealogía comparten estantes con revistas y diarios españoles y extranjeros, y, en fin, obras militares con textos de ingeniería, estadísticas, o libros de difícil clasificación¹⁴.

Además de la herencia en el contenido de sus bibliotecas los nobles son *lectores de su tiempo*. La propia dinámica del noble ilustrado, alimentada por el racionalismo del siglo XVIII, hace que sean sensibles a la recepción y lectura de obras contemporáneas, incluso con mayor prontitud en su recepción respecto a la fecha de edición. Las bibliotecas nobiliarias no revelan por tanto personajes anclados en el pasado. Ni tampoco, necesariamente, propietarios de obras asociadas a un mundo de resistencias. Por las bibliotecas de la nobleza desfilan buena parte de la filosofía, la literatura, el derecho o la política de los siglos XVIII y XIX¹⁵. El noble conoce los libros y las ideas de la ilustración y del liberalismo, aunque no por ello tenga que ejercer un liderazgo intelectual y político en el trasunto social de la España del siglo XIX. Por eso

¹⁴ Cada biblioteca nobiliaria exigiría un tratamiento por separado. Los aspectos cualitativos no reside en el libro raro, sino en el conjunto mismo.

¹⁵ La presencia de la literatura clásica, de obras de teología, devoción y literatura piadosa, de títulos de genealogía, historia de reyes y guerras, no deben etiquetar una biblioteca como arcaica. Ni siquiera tienen un peso decisivo. Son conocedores de la ilustración española y de los autores de la ilustración y el liberalismo europeo con cuyos postulados se edificó un proceso de transformaciones hacia el mundo político y económico liberal. Rousseau, Voltaire, Condillac, barón de Holbach, Montesquieu, Mably, la propia Enciclopedia, Destutt-Tracy, Locke, Bentham... la economía política de Say, Smith o Malthus, incluso en alguna ocasión Franklin. Sus bibliotecas en las que se encuentran clásicos como Saavedra y Fajardo, Fernández Navarrete, incluso Maquiavelo, no están empapadas precisamente del pensamiento contrarrevolucionario de los siglos XVIII y XIX, y sí de los discursos reformistas y críticos. La literatura clásica española —Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo...—, francesa —Moliere, Racine...—, británica —Shakespeare...—, alterna con la literatura denominada popular, en obras de Sué o Dumas presentes en todos los colectivos de lectores. En fin, la riqueza erudita, con ejemplos inacabables, rara vez presentes en otros colectivos de lectores, hace formar parte de los inventarios a la física newtoniana, las obras de arquitectura Vignola o Vitruvio, la reiterada obra en varias bibliotecas de Astarloa sobre apología de la lengua vascongada, o títulos como «Estadística de la situación material y moral de los reclusos de Barcelona» (1862), o tratados de medicina como «Contra el abuso del café» o «Historia del catarro sofocativo».

no equivale tampoco a atribuir a la nobleza un papel revolucionario asociándolo al contenido de las lecturas, sino que sus bibliotecas tienen un carácter abierto, múltiple, heterogéneo y mucho más universalizado que conducen a un bagaje cultural amplio. Esto ayuda igualmente a evitar deducciones equívocas.

Se trata de bibliotecas alimentadas continuamente. De todas formas la paternidad intelectual en el crecimiento de las bibliotecas nobiliarias durante el siglo XIX debe ser en casos compartida por los administradores de la casa nobiliaria. Es decir, la procedencia de libros no se debe sólo a la inquietud cultural de su propietario, sino a la figura del administrador que ha ido adquiriendo cada vez un peso más específico en la gestión del patrimonio nobiliario en su conjunto, como consecuencia de la reordenación de los patrimonios que se produce a lo largo del siglo. Así, junto a las indicaciones del noble, el administrador central—individuos de la élite financiera, de la burocracia del Estado o de las profesiones liberales— juega un relativo papel en la selección de libros que van engrosando las bibliotecas. La diferencia entre las bibliotecas alimentadas a través de estos personajes, o las que se reproducen a base de las indicaciones del noble, invita a diferenciar entre el noble ilustrado, que también abre sus salones al debate intelectual, y el noble ocioso.

La cultura de la nobleza forma parte de una tradición secular, pero no aislada. En ella fueron confluyendo las nuevas orientaciones del siglo y las pautas que fueron incorporando las élites no nobles, para acabar dibujando, en una mutua apropiación de elementos, una síntesis en el último tercio del siglo. La reordenación patrimonial, la venta de los palacios a la cúspide burguesa y el intercambio de valores, fueron paralelos también a lo largo del siglo, sobre todo en su segunda mitad, a la desmembración de las bibliotecas y a una composición que incorporaba características procedentes de las élites del dinero, la política o las profesiones.